

PRÓLOGO

La oscuridad lo envuelve en la ceguera de la habitación que había sido su refugio. Ahora, la estancia solo acoge el horror de alguien desnudado por la muerte y dominado por las sombras. En silencio, llora mientras balancea en la mecedora a un niño inerte, que parece de trapo. Acaricia los rizos del pequeño despacio, como si temiera despertarlo. Sin esos rizos dorados, para él no habrá esperanza.

El negro profundo de la noche se transforma en un espectro que va engullendo el alma de la criatura.

—Mi niño, no te vayas. No me dejes, ángel mío.

No le cabe la pena dentro. No le alivia el llanto. Sí la venganza. La matará. Y a él, también.

No es consciente del tiempo que permanece balanceándose entre cuatro paredes, atrapado por la crueldad de un dolor que no le da tregua. En la distancia, oye voces que se acercan. Se aferra al cuerpecito. Lo mece con fuerza. Se levanta ahogado en sollozos. Entona una nana sin letra. El tarareo lo conduce al abismo. Las voces le dicen que deben enterrar al niño. Se lo arrancan de los brazos. Su cordura se quiebra. No está loco. Es un asesino.

* * *

Transcurre un periodo corto hasta el día del castigo. Va a buscarla a la casa del bosque. La asombra con su presencia. Le toma una mano. Le pide paso. Caminan hacia el salón. Él, ganando terreno. Avanzando. Ella, perdiéndolo. Retrocediendo. Le desabrocha la camisa lentamente, recreándose en los detalles. Su piel tiritando por el frío. El perfume a flores de su pelo. El eco de falsas palabras de amor. Se pregunta si estará consiguiendo excitarla. Imagina el goteo en su vulva lasciva y el asco lo re-

vuelve por dentro. Disimula. Finge el deseo. Sigue escondiendo su verdad tras unos gestos seductores y embusteros.

La tiene delante con los senos descubiertos, pero él fija la mirada en el cuello. Se sitúa a su espalda. Musita algo en su oído. La inmoviliza. Un cosquilleo de acero roza la yugular de la mujer. La mano experta no duda. La punta del cuchillo se hinca en la vena. Alcanza la arteria. Saja el cuello. Todo se vuelve rojo. Huele a hierro. Él canta. Ella se va muriendo.

Lo ve entrar en la casa. Aprovecha su desconcierto por el degüello. Lo derriba de un golpe en la nuca. Pisa sus gafas. Lo deja ciego. Hace jirones su uniforme. Lo destroza a patadas. En la cara. En los genitales. En el pecho. Lo estira en la mesa semiconsciente. Lo ata al tablero. Lo torturará de tres maneras distintas. Una por cada año del pequeño.

Anuncia el primer dictamen:

—Nunca más tocarás a un bebé.

Se concentra. Con diez seccionamientos le amputa los dedos.

Otra sentencia insinúa el segundo grado del martirio:

—No mirarás más a un ángel.

Acerca el cuchillo a sus ojos. Se lo hinca en uno. Se lo hinca en el otro. Le escupe. Canta. Para. Canta más. Acaba. Proclama el fallo final:

—Jamás volverás a desatender a un niño.

Empuña el mango del cuchillo de caza. Lo hunde hasta el fondo del corazón de su presa. Lo saca y lo hunde de nuevo. No cuenta las veces que arremete contra su vida para alcanzar el consuelo.

Se instala en la calma mirando a los muertos.

Empieza de cero. Se ducha. Se pone ropa nueva. Coge su bolsa de viaje. Enciende tres velas. Abre el gas. Espera al fuego. Cuando todo arde, emprende la carrera.

Noche desabrida. Hiel abierta. Va contra reloj. El tiempo vuela. Por mucho que corra, no puede escapar de su tristeza. Lloro. Corre. Lloro más. Corre más. Jadeo. Jadeo más. Lleva la muerte del niño clavada en su alma. Aúlla. Aúlla más. Es un lobo herido.

PRIMERA PARTE
LO QUE SE VE

1. COSAS FEAS

20 de febrero de 2014. Östersund, Suecia

Su hijo era inspector de policía y había hecho cosas feas, pero no como las que veía en la televisión. La patada de un hombre uniformado impactaba en un civil que yacía en el suelo. Un batallón de pies despavoridos desfilaba por encima del cadáver, pisoteando su último aliento. Los pasos corrían en estampida huyendo de la masacre que provocaban los francotiradores desde los tejados de los edificios. Los cuerpos de las víctimas iban desplomándose en el asfalto bajo una lluvia de tiros traicioneros. Disparos. Derribos. Sangre. Muerte. Miedo.

Las imágenes de los informativos se colaban en los hogares del mundo para mostrar lo que sucedía en Ucrania, en la Revolución del Maidán. El dantesco espectáculo encogió el corazón del señor Åkerman. El anciano se encontraba a tres mil kilómetros de distancia de aquello. Estaba en su apartamento de la calle Prästgatan, en Östersund, una ciudad de la provincia de Jämtland, situada en el centro de Suecia. A esas horas ya había cenado y miraba las noticias en la SVT, pasmado ante los acontecimientos que se producían en el corazón de Europa.

La televisión pública sueca exponía la brutalidad de la violencia en Kyiv. Contaban que, aquel jueves, los manifestantes volvían a ocupar la Plaza de la Independencia para denunciar la corrupción del país y reivindicar un acercamiento a Europa. Durante meses, las protestas se habían mantenido vivas en las calles. La represión había ido en aumento hasta alcanzar su punto álgido con la intervención de francotiradores.

El señor Åkerman se estremeció con la realidad de aquel pueblo del este. Pensó que, por suerte, su hijo era policía en Sue-

cia, un país del norte, más tranquilo. Un estallido lo sobresaltó cuando sonaron a la vez la campana del reloj de pared y el timbre del teléfono.

—Åkerman —contestó el viejo.

—Papá, soy yo. ¿Cómo estás?

—Mal, Nils. Uno no puede encontrarse bien con todo lo que pasa.

—No te entiendo, papá. Oigo una batalla campal de fondo.

El señor Åkerman apagó el televisor. El comedor quedó en un silencio salpicado por el tictac del reloj de cuerda.

—Hijo, qué carnicería la de Ucrania. ¡Hay francotiradores en Kyiv!

—Papá, no debes excitarte tanto.

—No te preocupes por mí. Dime, ¿has tenido alguna recaída?

—No. Volveré con Margareta y los niños. Nos veremos pronto y hablaremos de tus asuntos.

—No empieces con la cantinela de que me atiendan los Servicios Sociales. No quiero a esos funcionarios en casa.

—Me preocupo por ti.

—Pues no debes, hijo.

El señor Åkerman cortó la llamada y se sumergió en su butaca.

—¡Francotiradores disparando a la población! —hablaba solo—. A saber quién los manda. ¡No me fío de los rusos ni de los americanos ni de Europa! Nosotros, siempre en medio de sus guerras —cambió de tema—. Nils, eres lo mejor de mi vida, a pesar de lo que hayas hecho. Qué orgulloso estoy de ti. Mi hijo, inspector de policía en esta ciudad enterrada en la nieve. Ese ha sido el problema con tu mujer. Ella es del sur, es de Skåne, casi más danesa que sueca. Pero qué guapa es nuestra Margareta, siempre riendo y contenta, siempre de Skåne antes que sueca. Y tú, siempre serio y amargado. Sé que te pasan cosas feas.

Un ataque de tos frenó el parloteo del señor Åkerman y sus acertadas intuiciones. Como pudo, se apoyó en los brazos de la butaca para ponerse en pie sin quebrarse las rodillas. Puso la televisión y se trasladó de nuevo a Ucrania.

El ambiente en Kyiv había empeorado. Así lo mostraba una secuencia de planos vestidos con música dramática. Barricadas de neumáticos. Coches llenos de agujeros provocados por impactos de bala. Un ataúd desfilando entre los manifestantes por la Plaza de la Independencia. Varios incendios. Una casa ardiendo en las afueras. Y otra en el bosque. Con las cenizas de una vivienda destruida por las llamas, acabó el resumen especial del Maidán en la SVT.

2. CON DIOS

28 de febrero de 2014. Helsingborg, Suecia

Oraba frente al mar: «Dios mío, le hice tanto daño». Se quitó las gafas. «Ayúdame, Señor. No permitas que la destruya de nuevo».

El inspector de policía Nils Åkerman combatía sus remordimientos rezando. Pretendía conectar con la persona que fue antes del derrumbe, pero ya no la encontraba dentro de sus tormentos. Por debajo de aquello, continuaba abierto el primero de sus capítulos negros, donde la vida se le fue a pique por culpa de una pistola.

En el paseo marítimo de Helsingborg el amanecer era gris. Nils permanecía inmóvil, con las manos en los bolsillos del abrigo y la vista fija en el estrecho de Öre. Llevaba cuatro meses en Skåne, a más de mil kilómetros de su ciudad natal, Östersund, intentando salvar su matrimonio del naufragio que él mismo había provocado. Añoraba a su padre. Se le empezaba a hacer cuesta arriba no poder escuchar casi a diario las toses del viejo ni sus maldiciones. El inspector también estaba deseoso de reincorporarse al trabajo tras la excedencia. Echaba de menos enfundarse el uniforme y volver a las rutinas de los policías en el norte de Suecia. Apartó a un lado sus anhelos y empezó a caminar impulsado por el viento. Desde el paseo marítimo, siguió por la calle Drottningatan hasta alcanzar el edificio de sus suegros, frente al parque de Margaretaplatsen. Buscó las llaves. Tardó en encontrarlas. Le costó entrar en el inmueble, pero más aún, salir de su amargura. Subió las escaleras a pie, huyendo del pasado. Al abrir la puerta del piso, se topó con el presente. Las regañinas de su mujer, Margareta. La algarabía de sus tres hijos, Elias y los gemelos, Oscar y Leo. Y el reposo de su bebé.

El matrimonio entró en la habitación donde Axel crecía en sueños. Al niño, de cuatro meses, le han diagnosticado una hemofilia tipo A, de grado leve. Los médicos les aseguraron que podría llevar una vida normal, pero que debían tener más cuidado con los golpes y los cortes, puesto que costaría parar sus sangrados por la falta de factor coagulante. Margareta conocía bien la enfermedad porque era portadora, y su padre, afectado. Sabía cómo actuar. Sin embargo, la noticia cayó como una losa sobre Nils. A pesar de ser una patología hereditaria que transmitía la madre, el inspector se torturaba asociando la vulnerabilidad de su hijo a la forma en que fue concebido. Solo él era responsable de eso. Margareta había entendido que jamás podría redimirlo de su propia condena. Ella supo pasar página de aquel episodio, pero él continuaba anclado en lo destructivo. No estaba segura de que las cosas pudieran volver a funcionar entre los dos, pero cuando Nils la miraba a través de los cristales de sus gafas, la tristeza de sus ojos se apoderaba de su corazón femenino y deseaba que volviera a ser su marido.

Nils cogió al bebé en brazos y rompió el silencio de las dudas.

—En Östersund hará mucho frío, pero sabré recompensaros.

—¿Ah, sí? —Se sorprendió Margareta—. ¿Cómo?

—Con vacaciones en España —anunció—. He estado buscando destinos que no fueran Málaga o Alicante. Aquello está plagado de suecos. No serán tan aburridos como yo, pero a ti te gusta más el humor de los españoles. Iremos a Cartagena.

3. INSPECTORA

28 de febrero de 2014. Ávila, España

Cartagena iba a ser su destino, pero en aquellos momentos estaba en Ávila, con treinta y nueve grados de fiebre. «Con lo que me ha costado llegar hasta aquí... hasta muerte me hubiera presentado... es solo un virus», se dijo.

Elena Rius i Bastida siempre quiso ser policía. Con un terrible mareo, se preparaba para formar en fila en la Escuela Nacional de Policía. Iba a convertirse en inspectora. Ningún miembro de su familia la acompañaba en el acto, pero entre el público había personas queridas. El inspector jefe Francisco Lara; su compañera de carrera, la jueza Laia Martí; y sus amigos de Televisión Española, Vinyet y Xavier.

La felicidad no le cabía en el uniforme. La falda recta le estilizaba la figura. Alta, atractiva y musculada. Miss Cataluña en la comisaría de Cartagena. Así la llamaban sus compañeros. Desubicada, ambivalente y hermética. Así se veía Elena.

Creció siendo «la diferente» en su familia. «La preferida» para su padre. «La especial» para su madre. «La pequeña» para sus hermanos. «La rara» para sus hermanas mellizas. Nunca pudo comportarse como ellas. Acicaladas y serias, exhibían su estilo y su clase. A Elena no le iba lo de mantener las formas de la alta burguesía catalana, sino alejarse de ese mundo para dar rienda suelta a su propia complejidad. Para bien o para mal, siempre destacaba entre los Rius i Bastida, y no quería. No los echaba de menos ni sufría por estar alejada de ellos.

Se centró en la ceremonia. Tras dos años en la Escuela Nacional de Policía de Ávila y siete meses de prácticas en la comisaría de Cartagena, por fin había llegado a una de las filas de los inspecto-

res que estaban a punto de jurar su cargo. Todos formaban parte de la xxv promoción de la escala ejecutiva del cuerpo. Un año más, el polideportivo de la escuela se habilitó como escenario para el acto. Flores y banderas lo vestían de color. El público abarrotaba las gradas. Autoridades políticas, policiales, académicas y militares entregarían los títulos en mesas engalanadas. Los diplomas tenían la consideración de Máster Universitario del Ministerio de Educación. Los daban en mano comisarios principales y comisarios que ostentaban los máximos cargos en la Junta de Gobierno de la Policía Nacional, en la escuela y en la Comisaría Provincial de Ávila. Elena sí que se identificaba con aquellas normas.

La vida de más de doscientos hombres y mujeres de la Policía Nacional cambiaría con la jura de su cargo. Firmes y alineados, formaban en perfecta armonía. Pocas faldas rompían el patrón de pantalones. Una era la de Elena. Su figura emergía con elegancia, realzada por la gorra y el color azul marino del uniforme de gala. De repente, la mesa de las autoridades hacia la que tendría que desfilarse le pareció inalcanzable.

La ceremonia comenzó con el recuerdo a los compañeros fallecidos en acto de servicio. Un grupo de policías depositó una corona de flores en su honor ante el Ángel de la Guarda, patrón del cuerpo. Empezó la entrega de títulos. Cuando le tocó el turno a la fila de Elena, caminó segura hacia la mesa, que entonces se le antojó muy cercana. No sintió los efectos del virus. El comisario principal le tendió el título. No quiso que el diploma se le escurriera de la mano, enfundada en un guante blanco que la dejaba sin tacto. Pinzó el papel con los dedos para que no echar por tierra lo que tanto le había costado.

Regresó con la fila a su puesto. Cuando los inspectores recibieron el gesto del mando superior, lanzaron sus gorras al aire y estalló el júbilo.

4. INTERÉS INCONSCIENTE

28 de febrero de 2014. Estocolmo, Suecia.

Entró al país en un transbordador procedente de Polonia. Muchos polacos subieron con él en Gdynia y, tras once horas de viaje, el ferri de Stena Line los dejó en Karlskrona, al sureste de la costa sueca. Cogió un tren buscando una ciudad para quedarse. Esa ciudad no sería Estocolmo, donde se bajó. Pasado un tiempo, iría al norte.

Ante su mirada se desplegaba el lago Mälaren. Caminaba por Djurgården, la isla verde, aunque en invierno aparecía cubierta de hielo. Pasó junto al Museo de Biología. Un camino a la derecha le despertó un interés inconsciente. Tomó el sendero y llegó hasta la puerta de hierro forjado de la Embajada de España. No conocía a nadie de ese país. Dio media vuelta y prosiguió su recorrido.

Llevaba algún dinero. Su documentación decía que se llamaba Łukasz Górski y que era polaco. Hablaba inglés, pero quería aprender sueco. Tenía una carrera, aunque no podía demostrarlo. Pronto descubriría que su experiencia profesional estaba muy solicitada en Suecia.

En los primeros días en Estocolmo se estaba permitiendo un capricho excéntrico hospedándose a bordo del Af Chapman, un barco velero de tres palos convertido en albergue. Atracado en la orilla meridional de la isla de Skeppsholmen, frente al Palacio Real, el buque le ofrecía un escenario ideal para el inicio de una vida como viajero. Sus camarotes de madera olían a salitre y a brea. En once metros cuadrados había seis literas. Debía compartir el baño. Sus escrúpulos, rigurosos en lo tocante a la higiene, lo violentaban. Para tranquilizarse, solía contemplar

el Mälär. Llamaba a la calma musitando una canción de Игорь Корнелюк. *La ciudad que no existe.*

...Día tras día, perdiéndome por el camino.

Voy a esa ciudad que no existe...

¿Quién me dice lo que me depara el destino?

Puede que sea algo que no debería saber.

Y es posible que después de muchos años perdidos

yo encuentre esa ciudad que no existe...

En una ciudad que ya no existía nació él.